

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo: LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth

MANUEL UGARTE
Flor de pesadilla.

RAFAEL ROMERO FLORES
Ya no más.

JOSE P. PEREZ
Los dos retratos.

A. PEREZ MICHELENA
El espía.

FERNANDO G. RUIZ
Modernismo.

FIDEL PRADO
Lola la «Chamberilera».

J. ALCAIDE DE ZAFRA
A una señora elegante.

EMILIO SEGOVIANO
Canción carcelaria.

TOVAR, LUCUIX,
OTELO y TINO

Varios dibujos y retratos de
Thais y Mary-Nieves.

5 cénts.

THAIS

Cancionista joven,
bella y que canta
bien.





DECIDIDAMENTE SOMOS un pueblo *sui géneris* (como el almanaque de Mestre Martínez) para las adaptaciones, ora teatrales, ora de carácter industrial.

Así, por ejemplo, a un buen señor se le ocurrió comprar una de esas cafeteras que sirven, entre otras cosas, para que se bañe el dueño del establecimiento que las adquiere, y con ella y dos docenas de cucharillas, puso un «tupí»; y en vista del éxito, a los dos meses había en Madrid uno en cada puerta de tienda, ostentando en la fachada cada título totalmente trópicamente, que congestiona de gusto.

LAS TIMIDAS



—¡Qué horror! Este gato está rabioso y se me va a tirar.

Otro ejemplo: Vino a Madrid un aprovechado socio que dijo que venía a darnos los besugos y los congrios a precios reducidos; estableció unas cuantas pescaderías llamadas «Coruñesas», y, en efecto, quince días después había en esta capital del oso y el madroño una peste de establecimientos pe-cateros que ha venido a hacernos la vida insoportable, porque por todas las partes no se ve más que congrios y besugos, sobre los ya infinitos que circulaban por cuenta propia disfrazados de ciudadanos conscientes.

Pues bien; el verano pasado surgió un vivo que inventó un nuevo estafa-primos por el procedimiento del tiro al blanco, actuando de jugadoras jóvenes guapas, y, como con los tupis y con las pescaderías, hay actualmente una legión de centros más ó menos recreativos, donde se despeleja al respetable y candoroso concurso con tiritos de esos.

Los hay en Casinos, en cafés, en cervecerías, en pisos altos, en plantas bajas y hasta en subterráneos, como los evacuatorios de la Puerta del Sol.

Este nuevo entretenimiento está haciendo más estragos en la juventud de ambos sexos, que las trombas rusas en las masas teutonas; cosa muy de lamentar, no por lo de masas, sino por lo de teutonas, porque no sé si yo les habré dicho a ustedes alguna vez que me fallezco por las teutonas.

Y digo que hace estragos en el elemento juvenil, porque en el sexo femenino hay muchísimas preciosidades que se han lanzado a tirar a todo trapo, abandonando por completo sus habituales ocupaciones. No hay camarera en ciernes, ni cupletista en agraz, ni bailarina en retoño, que, contagiada de esa moda, no haya cambiado su primitiva vocación, arrojándose decidida y desafortunadamente al libre ejercicio del tiro. ¡Ya todas tiran como unas descoñidas!

LOS BUENOS AYUDAS DE CAMARA

MAR-
QUEZ

—Me voy á hacer el distraído porque la señorita está como para un encontronazo.

En cuanto al otro sexo la perturbación producida es enorme.

Los futuros Licurgos, Galenos, Pitágoras, etc., sólo piensan en ir á estos centros de cándido esparcimiento á dejarse lindamente la mensualidad de la patrona ó el empeño del gabán. Y si pertenecen al ramo de la dependencia mercantil, bien en clase de cortadores del rico Langa, ó bien en el de expendedores de muletón, la catástrofe es mayor, porque olvidándose de dar al platillo del peso ó de mermar los centímetros de la medida, se pasan el día comentando si la del verde tiene mejor puntería que la del colorado, ó si la del azul tiene más afinado el ojo que la del escarlata.

Y no vaya á haber algún crustáceo de esos que se las dan de pillines, que crea que esto lo digo para denunciar el funcionamiento de tales garitos. Por mí que tiran hasta que no les quede con qué tirar, y además, que cada cual tiene sus gustos. Los hay que en vez de ir á admirar esa tontería de canzonetista y de mujer des-

pampanante que se llama Totó, prefieren pasarse la noche dando con las narices contra el casco de un guardia para ver si se lo abollan.

Ya lo dijo aquel filósofo que se llamó, no sé si Diógenes ó Navarroteverter (hijo): «Hay gustos que merecen palos».

Que sigan, pues, los tiros. Después de todo, más hay en la inacabable batalla de Flandes. Y eso que allí no va á quedar ya ni quien se dedique á levantar muertos.

Por cierto que esto puede ser una solución para los que se quedan «boquerones» en esos circulitos donde se juega al tiro á la vez que se toma café con media.

Irse á la línea de fuego de Flandes y entretenerse en levantar muertos, mientras se entrega á saborear el rico Moka con tostada.

Por lo menos puede tener la seguridad de que la manteca es legítima de Flandees.

Un pequeño REPORTER

SOLILOQUIO



—En estas cosas del amor la mujer debe abrir mucho el ojo; porque hay cada pe-
tardo.

FLOR DE PESADILLA

EN la alucinación del crepúsculo, la terraza del café parecía un jardín de fuego tendido ante el bulevar azul que huía en la bruma salpicado por inverosímiles siluetas de transeuntes.

DEL AMBIENTE



—Le advierto á usted, negra, que soy de los aliados.
—De los *haliados* en la calle; ya lo veo.

Como brotaron á lo largo de la acera los primeros focos de luz blanca, yo me incliné al oído de Gaby y le silbé en un vértigo:

—Esta noche te tengo que matar.

El agua azul de sus ojos ondeó más que solía bajo el huracán de nuestras tempestades. Dos lágrimas pequeñas cayeron sobre el mármol.

¿Por qué me quieres matar? —Suspiró la música lejana de sus silabas.

—No soy yo quien te mata; es tu pasado.

Los ojos de mi amiga se llenaron de sangre, como si surgiera tras ellos un crepúsculo de muerte.

—Mi pasado es anterior á nuestro encuentro —murmuró con pesadumbre—; si pudieras venir con mi alma, sabrías que sólo te he querido á ti...

Los violines de la orquesta lloraban sus angustias hondas envolviendo el café en una atmósfera de ensueño ..

—La ciudad está sembrada de tus caídas —insistió reconcentrado en mi locura; ¡tenemos que morir!

Y aunque en los ojos de Gaby había un cielo, la arranqué del café y nos alejamos...

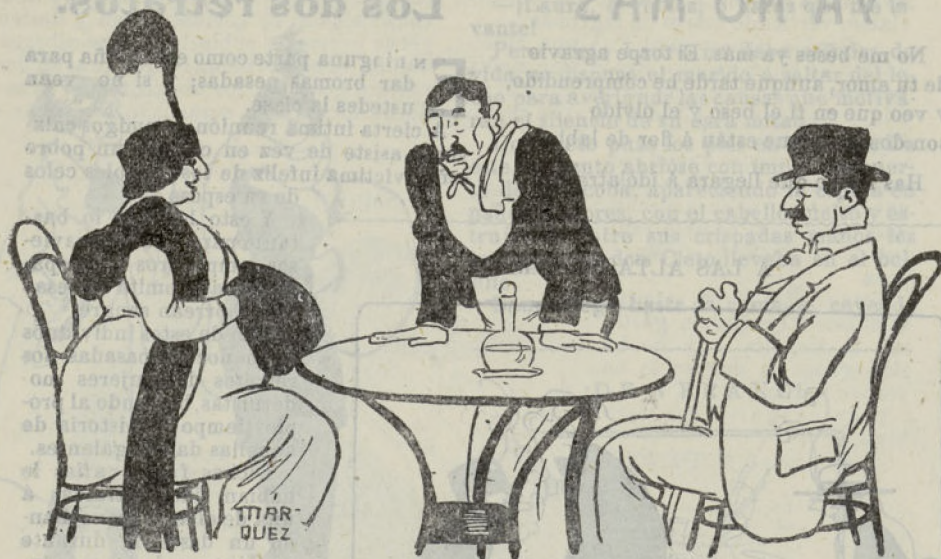
...¿Qué había de inquietante en la callejuela estrecha obstruida de sombra? ¿Fueron las ventanas cerradas y las puertas obscuras las que empujaron mi brazo?... No lo sé... Lo único que recuerdo es que Gaby me miró otra vez con los ojos encendidos por las estrellas de su llanto...

—¡Si pudieras ver mi alma! —murmuró de nuevo.

Pero yo la tapé la boca y acaricié el pequeño puñal de hoja afilida.

—Sólo renunciando á la

A CADA CUAL LO SUYO



—¿Qué va á ser?

—Yo un bok grande; la señora, un chico.

vida me puedes probar tu amor —desafi-
nó la demencia...

Los ojos de Gaby se llenaron de luz,
como si todos los mundos se agruparan en
uno sólo. Sus brazos me ciñeron el cuello...
Y en una indecible inmolación de mujer se
resignó á la sombra.

—¡Mátame!...

Un grito, un relámpago de acero, y la
adorada cayó dormida sobre las piedras...

Al inclinarme para besar por última vez
sus rizos de oro, algo muy frágil me rozó
levemente... El alma inmaculada de Gaby
surgió en un chorro de la herida roja... Y
de ese lirio ideal que puso en fuga mis sos-
pechas brotó la voz tranquila llena de per-
dón y de ternura...

—Es justo que yo muera, ¡pero vive tú!

Entonces comprendí la inmensidad de
aquel amor y caí de rodillas, sacudido por
los sollozos. Mis lágrimas rodaron en gotas
gruesas y precipitadas sobre la herida que
fué palideciendo como si la savia de mi dol-
lor neutralizara la muerte... Sospeché que
en mi llanto iban jirones de mi vida, y que

esa vida entraba en Gaby para resuci-
tarla...

La calle se había transformado en un
jardín; los muros grises habían desapareci-
do y la góndola de luz de la luna se aleja-
ba en la noche dejando un gran surco de
estrellas... ¿qué ocurría en torno?

Gaby empezó á renacer...

—¿Has visto cómo era blanca mi alma?
—preguntó su voz frágil de dolorosa sen-
timental.

Y yo, opimido, murmuré: ¿Me perdo-
nas?

Los labios se unieron otra vez.

Sin embargo, un dolor amargaba la glo-
ria de mi amada en el alba naciente.

—Te has matado á medias, puesto que
me has dado la mitad de tu vida...

Tuve que desvanecer sus escrúpulos:

Si somos inseparables, ¿no basta para
los dos con una sola?

Y en el paisaje impreciso é indefinible
que se esfumaba en perspectivas de un
sueño, nos besamos largamente sin inqui-
rir dónde estábamos, puesto que estába-
mos juntos...

Manuel UGARTE

YA NO MAS

Los dos retratos.

No me beses ya más. El torpe agravio de tu amor, aunque tarde he comprendido, y veo que en tí el beso y el olvido son dos cosas que están á flor de labio.

Has hecho que llegara á idolatrarte

A LAS ALTAS HORAS



Ella.—Pues, chico, está tan difícil la vida, que hacía tres noches que no entraba en mi cuerpo nada caliente.

valiéndote del dolo y la falsa,
Dios castigue, mujer, tu villanía
, a que yo ni aun castigo puedo darte.

No me beses. No más delicias huecas,
no ceses mi dolor más crudamente.
Si sabes sólo amar á tus muñecas,

¿por qué dijiste amarme, niña loca?
Si no sabes besar más que en la frente,
¿por qué pusiste besos en mi boca?

Rafael ROMERO FLORES

EN ninguna parte como en España para dar bromas pesadas; y si no, vean ustedes la clase.

A cierta íntima reunión de amigos calaveras asiste de vez en cuando un pobre señor víctima infeliz de los terribles celos de su esposa.

Y esto ha sido lo bastante para que sus traviesos compañeros le preparen una bromita de esas que chorrean sangre.

Uno de estos individuos llevó noches pasadas dos retratos de mujeres modernistas, haciendo al propio tiempo la historia de aquellas damas galantes.

Dichas fotografías le habian sido sustraídas á una de ellas, aprovechando un descuido durante una juerga de los más íntimos.

—Estos retratos debemos exponerlos en un cuadro con su correspondiente historia al pie —dijo uno.

—Mejor sería mandarlos á sus dueños con una expresiva carta firmada por el cóncave —añadió un segundo.

—Eso no puede ser — interrumpió el que habla llevado las fotografías—; porque ni sé dónde viven, ni conozco á estas señoras.

—Entonces — exclamó el primero que había hablado—lo mejor será que se las coloquemos en un bolsillo á don Cleto, para que, cuando su esposa le registre, tenga el gran disgusto.

Ya podrán ustedes figurarse que don Cleto es el pobre señor que les indiqué anteriormente. Y también se podrán figurar que la proposición fué aceptada y puesta en práctica media hora después.

Don Cleto no advirtió el endoso que le hacian sus mal llamados amigos, y con la tranquilidad del justo marchose á casita, aligerando el paso para que su terrible esposa no le diera la jaqueca de otras ve-

LOS QUE QUIEREN LLEGAR



—Só que es usted la primera actriz.
 —Sí.
 —Y traía una pieza para...
 —¿Para colocármela, no es eso? Pues, ahora, no puede ser.

ces, cuando se retrasaba cinco minutos. ¡Hay maridos muy buenos y muy desgraciados!

Pues bien; el marido encontró á su mujer en la cama, dormida como un lirón. La contempló un momento y murmuró, mientras se desnudaba:

—¡Más vale así!

A la mañana siguiente se despertó don Cleto á la hora de costumbre, buscó á tientas á su costilla, y con gran sorpresa notó que ya se había levantado.

—Es muy extraño—murmuró—; siempre se despierta después que yo. ¿Estará enferma?

Pensando en esto se incorporó en el lecho y gritó con toda su fuerza:

—¡Laura, Laura!

Un silencio completo reinó durante al-

gunos segundos. Don Cleto volvió á gritar:

—¡Laura, ó vienes, ó harás que me levante!

Pero como Laura no daba señales de vida, se dispuso el marido á saltar del lecho para averiguar las causas que motivaran el silencio de su cara mitad.

Don Cleto puso los pies en el suelo. En este momento abrióse con impetu la puerta de la alcoba, apareciendo la esposa en paños menores, con el cabello suelto y estrujando entre sus crispadas manos los retratos que don Cleto llevaba en el bolsillo.

Laura llegó hasta la cama, y, cayendo

¡DE VERANO!



—No se alarmen ustedes si á fines de Noviembre llevo sombrilla. Para mí lo del mes es lo de menos; lo de más es que se me ha ido el novio y me he quedado de verano.

de rodillas ante su atribulado esposo, exclamó, vertiendo mares de lágrimas:

—¡Perdón, esposo mío! Fué una alucinación de un momento. Esa infame me ha vendido... Toma, rompe mi retrato y el de ella, y perdóname, Cleto mío... ¡Te repito que no lo haré más!

Excuso decirles que el inocente marido no se ha podido dar cuenta de nada, achacándolo todo á un cambio radical de costumbres en su esposa.

Esta escena la ha referido él mismo á los que le gastaron la bromita... ¡y no ha sido guasa la que se le ha venido encima!

¡Hay casualidades terribles!

José P. PÉREZ



—Mis amigos están tomando cerveza y bocadillos de salchichón. ¿Quiere usted tomar una rajita?

—No, señor. Lo que me sobra á mi es eso: me han convidado lo menos diez.

EL ESPIA

ACABABA de estallar la guerra. El rompimiento entre ambas naciones fué tan brusco como terrible. En el mar se colocaron minas; en la tierra se movilizaron tropas á toda prisa; cruzaron el aire los aviones; destrozáronse en los vastos

océanos preciosos buques de sólida y linda construcción; se bombardearon y destruyeron hermosas poblaciones que albergaban en su seno valiosas obras de arte; desatóronse, en fin, los elementos de la moderna lucha para ensangrentar de nuevo

DE AMBIGU PARA AFUERA

las páginas, rojas ya, del triste libro de la Humanidad.

En X..., la maravillosa ciudad de los ensueños, conmovió tal acontecimiento á la población entera, la cual, tras de una violenta sacudida de furor, cayó poco á poco en lenta postración, acabando por apoderarse el miedo de todos los habitantes, que, cual rebaño asustadizo, comenzaron apresuradamente á abandonar sus viviendas, tratando de internarse más adentro, adonde no llegaran los ecos de la trompetería ni se percibiese á lo lejos el vago tronar de los cañones.

Dijimos que todos los habitantes de la preciosa villa sintieron miedo; no. Elena, la linda cortesana de las carnes blancas; la de los ojos negros como abismo tenebroso; la de las formas opulentas y desvanecido-

ras sonrisas; la que en sus noches de orgía hacia vibrar hasta romperse los nervios masculinos, ésa no sintió el más ligero temor.

Acostumbrada á dominar con los mágicos resortes de su coquetería á los varones más rudos de su patria, confiaba derrotar al invasor como Judith venció á Holoferner.

¿Quién resistiría á aquella hembra fatal?

En la ocasión en que la presentamos á nuestros lectores, hallábase la hermosa cortesana ante el espejo terminando de arreglar sus revueltos cabellos, negros como el ébano y largos como la fantástica silueta de un faro.

Acababa de conquistar á un espía enemigo que actuó imprudente de Tenorio descubriéndose á la hermosa y pronunciando frases reveladoras de que importantes documentos, quizá planos de la población, sepultábanse en sus bolsillos.

Citóle la joven á hora conveniente en su gabinete coquetón, cuya atmósfera se hallaba saturada de afrodisíacos perfumes de la Arabia, y cuyo amplio diván era invitación á la lujuria.

Mas antes hubo de dar el correspondiente aviso al puesto de la guardia más inmediato, y, tomada tal precaución, decidióse á esperar sin impaciencia alguna, pero, en

UNA ORDEN SOBRE LA EDAD



—¡Pero general, cómo voy á corresponderle si es usted tan viejo!

—Pero tenga en cuenta, capitana, que ahora el Ministro de la Guerra nos va á rebajar la edad.

verdad, algo conmovida, la hora de la entrevista.

Concluido el arreglo de su peinado, Elena cubrió sus desnudas carnes con una bata azul que, lejos de ajustar bien, deja-

MITOLOGÍA



- Oye, mamá, ¿y ese es Apolo?
 —¿Cuál?
 —El de la izquierda.
 —No, mujer; Apolo es el de la derecha.

ba, por el contrario, contemplar el brioso arranque de los senos, blancos como los de una Venus de piedra y duros como sabrosas pomas asturianas.

Un discreto golpecito dado en la puerta de la habitación anunció a la bella cazadora que la caza había caído en la red.

—Entrad—pronunció Elena con serena entonación.

Y adelantóse el espía, un joven de vigoroso aspecto, en cuyas pupilas enérgicas brillaban lujuriosos deseos, mal contenidos por los correctos modales de una distinguida educación.

—Señorita—exclamó—, que os amo con toda mi alma, no es necesario que lo repita, puesto que ya lo sabéis; pero si quiero que me digáis de una vez...

—¿No reparáis en los serios peligros que podéis correr a mi lado?—interrumpió Elena, iniciando una de sus desvanecedoras sonrisas. —¿Y si os prendieran?

—Logrando vuestro amor—respondió impetuosamente el joven—, no me importa perder la vida.

Y cuando el afortunado amator hallá-

base con más embeleso entregado a sus transportes pasionales, abrióse la puerta y penetraron los soldados en el templo de Venus, apoderándose de él.

Registrado detenidamente, le fueron ocupados documentos importantísimos para el buen éxito de la campaña, comprometedores en alto grado para el infeliz.

Y cuando al amanecer, el ruido seco de una descarga, anunció la muerte del desventurado espía, Elena, la cortesana, lloró con amargo desconsuelo.

¡Había llegado a amar de veras a aquel bizarro mozo, enemigo de su patria, que no había vacilado en sacrificar su existencia, a trueque del único supremo placer que nos proporcionan las muchas Evas que en el mundo son!

A. PÉREZ MICHELENA

EN EL TOCADOR



—¡Qué afortunados son los tocadores!

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse a la
 Imprenta de "Ediciones España,"
 Paseo de las Delicias, 60.

MODERNISMO

¡Oh, Siringa placénteral
 ¡Oh, fresca matutinal!
 ¡Oh, rubiata, hija de reyes, seductora ba-
 ¡Oh, divina! [yadera!
 Son tus ojos misteriosos,
 son tus ojos tristes lirios,
 son tus ojos seductores, sembradores des-
 de locuras y delirios. [deñosos
 ¡Oh, gacela! ¡Oh, cervatilla!
 ¡Oh, real ninfa de los lagos!
 ¡Oh, libélula azulada! ¡Oh, gentil maripo-
 ¡Oh, sultana de los magos! [silla!
 Son tus lánguidos cabellos
 haces rubios y brillantes
 de hilos de oro, largos, largos, como má-
 gicos destellos
 de miríficos diamantes.
 ¡Oh, lucero de los dioses! ¡Oh, querubel!
 ¡Oh, hechicera soñolienta!
 Vaga nube
 y rica menta...
 Son tus labios llamas rojas.
 Son tus labios incendiarios que achicha-
 Son dos hojas [rran corazones.
 de una flor como la sangre, de la flor de
 [las pasiones.
 Son tus pechos dos canteras,
 dos perfectos desniveles,
 Y son mieles
 los perfumes de tu cuerpo al que envidian
 [las palmeras

Buena noche, melenudo.
 Son tus trovas muy raristas.
 Di, ¿quién eres?

—¡Campanudo,
 gran poeta modernista!

Fernando G. RUIZ

Lola la "Chamberilera,"

Para mi distinguido amigo Matías Ba-
 ba, entusiasta del Madrid cestizo.

I

EL «Botines» hizo detener el manubrio
 ante los balcones de Lola y agarrán-
 dose á la manilla la hizo el alto ho-
 nor de dedicarla el primer giro.

Al conjuro de las primeras notas Lola
 abrió las maderas de par en par y se aco-
 dó sobre la barandilla. El sol, que aquella

mañana, refulgia con más fuerza que nun-
 ca, jugueteó sobre sus ojos de zahorí obli-
 gándole á cerrarlos.

El «Botines», que esperaba aquella apa-
 rición, cedió la manilla al «Loro» y fué á
 situarse en mitad del arroyo.

Lola bajó la vista deslumbrada y le diri-
 gió una de sus más escogidas sonrisas.

PIROPOS CALLEJEROS



—Señorita: con sólo verla se me ha ele-
 vado la temperatura.

—Porque tendrá usted la sangre de
 mercurio.

Aquella escena era la eterna de siempre.
 Todos los días sobre las diez de la ma-
 ñana, cuando la animación era mayor en
 la popular barriada, el «Botines», muy ja-
 carandoso, con su traje ceñido que era el
 último grito de la moda y su gorrilla de
 seda colocada artísticamente para mejor
 lucir las relucientes ondas de su negro
 pelo, hacía detener el piano frente a los
 balcones de Lola la «Chamberilera», y sin
 atender las protestas del «Loro» y el «Pin-

tao», que gruñan ante aquella pérdida de tiempo las más de las veces sin utilidad, desgranaba todo el rosario lírico del cilindro con gran regocijo de Lola, que con su negro gato á modo de pareja, iba marcando una á una todas las piezas, no sin que

cia el carácter de la seña Rafaela para andar bromeando con ella. Después de un momento de duda agregó:

—Oye, tengo una idea fetel pa el domingo, que si te azyeres á ella va á resultar mejor c'una boda regia.

—¿Cuála?

—Una jira al pinar, de ambos solos, con bota y merienda que nos vamos á chupar los dedos de gusto. ¿Te hace?...

Lola le miró fijamente, como tratando de leer en sus ojos lo que habia detrás de aquella proposición. El sostuvo la mirada sin pestañear.

—Bueno —replicó Lola —iremos.

—Pues entonces te leeré el programa á la noche. Ahora no me detengo que están esos que bufan. Adiós.

Y el «Botines», muy pinturero, cogióse á uno de los tirantes del carro que rodó por el desigual empedrado hasta perderse por una de las calles transversales.

II

—Bueno; pero eso ¿me lo dices ó me lo cuentas?

—Te lo digo y te lo cuento El «Botines» está liao y más que liao con una camarera del Nuevo Brillante, y lo qu'está haciendo contigo es solamente jugar... ¡si no hace algo peor!

—Eso de algo peor no será con la hija de mi madre, que Lola la «Chamberilera» es demasiaio honrá pa que ningún boceras s'alabe de lo qu'está verde.

—¡A mi vals, maestro! Yo te digo lo c'hay y pata. Además que no creas qu'el socio s'esconde paregonarlo. No se lo dice na más que á too el que te conoce.

—Y yo m'alegro una infinidaz de saberlo.

—Chica yo siento mucho el vermú que t'he dao, pero porque t'aprecio te lo digo.

DIÁLOGOS CONYUGALES



El. — Hemos hecho una tontería con casarnos. Nos hemos complicado la vida.

Ella. — Yo, chico, cuanto más miro el porvenir más negro lo veo todo.

el minino protestase airado de aquel baile tan poco de su gusto.

Lola, sin soltar su pareja, preguntó:

—¿Cómo has tardao tanto hoy?

—¡Las cosas!... —replicó el aludido—. S'han liao á echar monisis esas d'ahí bajo y creí que no arrancábamos nunca. ¿Bajas?

—No puedo; mi madre está al caer y aún no he dao un mal escobazo. Si viene y me pilla así aún m'hace la toalet con las uñas.

El «Botines» no insistió. De sobra cono-

—Y yo te lo agradezco. Descuida que de esto ya hablaremos más despacio. ¡Adiós!

Y Lola la «Chamberilera», pues ella era la que así hablaba con su amiga Pepa la «Peinadora», tiró calle arriba marcando el paso nerviosamente y mordiendo con rabia el fino encaje de su abanico.

III

El «Botines» y su íntimo el «Rata» tópanse de manos á boca á la puerta del baile de Fuencarral. El segundo, que está al tanto de todos los proyectos de su amigo, le interroga con interés:

—¿Qué hay niño? ¿Cómo va la Lola?

—¡Chico, fetell! Eso es pan comido.

—¿Seguro?

—¡Digol... Masco una combina pa mañana por la tarde que va á ser el epilogo. De esta no se escapa.

—Ten cuidao no te salga por vales, que yo conozco á Lola y sé que de arrimen á flor de piel un curso completo, pero en tocante á intimidades no pasa por el fielato.

—¡Bah!... Eso es porque no ha encontrado ninguno que tenga bastante muleta p'hacerse con ella á fuerza de consentirla y darla la estocá de muerte.

—Chico, yo m'alegraré un mundo que te salga bien la corrida, pero ten cuidao no t'enganche por la faja.

—Soy mucho diestro yo pa eso... ¿Entras?

—Sí, voy á ver si está la «Pura» pa que me endiñe un chulé, por qu'estoy apré de pastizara.

—Y yo voy á hacer tiempo hasta que salga esa del café, c'hoy me pide el cuerpo jaleo.

IV

Un silbido prolongado del «Botines» fué como un toque de llamada para Lola que salió al encuentro de él apenas le vió aparecer en el extremo de la calle.

Aquella tarde alegre de pleno verano, sí que estaba la moza atrayente y sugestiva.

Cuando el «Botines» la vió salir tan repeinada, con sus zapatos escotados mos tradores de un pie divino, su blusa azul vaporosa encubridora de unos senos temblones, su falda de alpaca y su mani

RAZON DE PESO



El.—¿Verdad que me dices eso por quitarte de encima un compromiso?

Ella.—¡Y gordo!

leño negro que parecía dibujado en su cuerpo para mejor remarcar las líneas bravas de su esbelta figura, no pudo por menos de relamerse de gusto pensando en el festín que le aguardaba si la *combina* no se le torcía.

En la cara de Lola no se leía el gesto de rabia que sintió al conocer la poca aprensión de su novio, por boca de su amiga, al contrario, aquel día estaba más reidora que nunca.

Sin prisa, como el que no teme llegar tarde ó no tiene apesuramiento por llegar, iniciaron su camino hacia Puerta de Hierro. Allí recogerían la merienda, y luego, con la fresca, al pinar á descansar de la caminata bajo el tejido perfumado de los pinos y tomando como asiento la blandura del césped.

Este era el proyecto del «Botines», que Lola aceptó, al parecer, con entusiasmo.

Y así fueron muy juntos, en animada conversación, hasta el lugar designado, donde ya el sol batíase en retirada tras el paisaje lejano.

Por todas partes innumerables parejas,

muy atortoladas, gozaban del aire puro del pinar y de las delicias del parcheo. El «Botines» buscó un declive del terreno al abrigo de miradas indiscretas y sentáronse.

Terminó la merienda. El «Botines», que había libado gran cantidad del contenido de la bota, miraba á Lola de un modo extraño. Sus labios, resecos por una sed devoradora, acercáronse al oído de ella, murmurando una petición. Quizá un beso.

Lola esperaba aquel momento. Al oír la proposición, transfiguróse. Irguió su esbelta figura de heroína y mirándole despreciativamente, replicó:

—Per'oye tú, soo sinvergüenza. ¿Es que te cres qu'estás tratando con algún pendón como ese que tienes por querida?... ¿Es que te crees que yo soy como la camarera esa que te gozas pa los ratos de ocio.

EL NUEVO JUEGO



Ella. —Mira, ahí, en el Colonial, está mi hermana de tiradora. Hay muchas y son guapísimas.

El. —¿Y gana mucho?

Ella. —Hombre, para ir tirando.

El «Botines» irguióse tambaleante.

—¿Quién t'ha contaó ese cuento?

—Quien lo sabe y m'aprecia; quien está al tanto de lo sinvergüenza que eres y m'a bierto los ojos pa que no me la diñases con anzuelo. A ver si te crees soo menfís que venía yo aquí chupándome el dedo. Vine p'acabar de convencerme de too lo canalla que eres.

El «Botines» bufaba. Su lujuria, cada vez más acentuada, sublevábase temiendo perder la presa casi segura y no pudiendo contenerse avanzó hacia Lola tratando de besarla.

—Ella, con el gesto neto de las bravías hijas de Madrid, speróte impasible con el mantón terciado chulescamente y una lacha salvaje entre ambos bajo la luz opaca del anocher que envolvía el paisaje con su sudario melancólico.

El «Botines», babeando por efecto de la borrachera, buscaba los labios bermejos de Lola que ésta rebuia asqueada, sus cuerpos jadeantes se revolvián en el suelo destrozándose la ropa... El «Botines» dió un grito de triunfo. Su boca, tras un violento esfuerzo, había hecho presa en los labios de Lola y sus labios, contraídos, mordían sin compasión sorbiendo la sangre con deite. El dolor dió á la Chamberlila un empuje brutal sus manos se aferraron angustiosamente al cuello de él, como un circulo de hierro y el «Botines», al sentir la presión, debatió e inútilmente por un momento, hasta que la asfixia le hizo soltar la presa. Vaciló por un instante, y luego rodó con estrépito sobre el césped.

Lola corrió desolada. En la negrura de la noche parecía que el muerto, con su cara burda, la perseguía tratando de besarla.

Fidel PRADO

A una señora elegante

Bien se acreditó Eva de modista al vestirse la hoja pampanera; pues si llega á escoger la de chumbera, no encuentra luego Adán que la realista.

Este, notó, quitábanle la vista de lo que siempre viendo estar quisiera; y, en venganza, imitó á su compañero, (que nuestro padre Adán fué un humanista).

Y la Moda surgió en aquel instante...

Una moda, en verdad, despampanante!

De todas las que ha habido, la más bella.

Y yo al miraros frente á frente ahora.

pleno: ¡Cómo estaría esta señora...

vestida al uso de la moda squéñal!

J. ALCAIDE DE ZAFRA



Mary-Nieves

Simpática cupletista que actúa en el Edén-
Concert con gran aplauso.

CANCION CARCELARIA

«... Dijo que me amaba
y la di mi vida;
dijo que me amaba
y me hizo traición...»
El preso cantaba con voz dolorida
tras el enrejado cruel de la prisión...
«¡Oh! quién me dijera
viéndola tan bella
que crecía en su alma
la rosa del mal...
su carne era blanca
de nieve y de estrella
¡en su carne blanca
hundí mi puñal!...»

Canción del amante tras el enrejado
que en las negras sombras aún siento va-
[gar...]

Yo iba con mi amada sombrío y callado
y junto a mi cuerpo la sentí temblar...
Escucha — la dije — si un maldito día
en brazos de otro hombre te llegara a ver,
¡como ese que canta!...

La canción seguía:

«... ¡Triste del que mata
por una mujer!...»

Emilio SEGOVIANO

¡Colosal obra erótica! La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensaciona-
les del más puro naturismo

Un magnífico tomo con cubierta en
colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioscos, libre-
rías de España, América y a la Editori-
al Dep, Córcega 299, Barcelona,
que lo envía franco contra su impor-
te en sellos, etc.

Almanques para 1915

En la Imprenta de Ediciones
«España» se ha hecho una edi-
ción de *Almanques de bolsillo*
para 1915 muy útiles para el co-
mercio que, además de servirle
de propaganda, podrá obsequiar
a sus favorecedores en las pró-
ximas Pascuas.

Para pedidos y demás deta-
lles, dirigirse a la Imprenta de
Ediciones «España»

P.º de las Delicias, 60, teléf. 1843

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIF Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

**MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.**

Catálogo gratis enviando sello.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de **LA HOJA DE PARRA** en Madrid. **Abada, 22, tienda.**
Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRENTA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de LA

HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS**, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, iritis, etc. Tomar todos los días un **Papel Yhomar** disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. **Gayoso**, Madrid; **Garni**, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

FRUTA PROHIBIDA



LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO

MISTERIOS Y SECRETOS DEL LECHO CONYUGAL (2 tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).—BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—EXPORTACION, POR MAYOR, DE REVISTAS ILUSTRADAS Y PERIODICOS á los señores libreros y Corresponsales de España y América.